

Distancia y ausencia no van a ser lo mismo. El duelo por la distancia se me acabó llevando la rabia. No me volviste a preguntar por él y quiero creer que fue porque ya no nos hizo falta. Me parece que te preocupaba y también sé que desde tu honrada profesionalidad siempre me has dado lo que tenías para mí en cada momento. El duelo por la distancia despejó las borrascas y me dejó escuchar los tesoros que me ligan a ti y surgen de vez en cuando como viejas compañeras, ecos, que entonces no entendí y de pronto me sorprenden con nuevos sentidos.

La expectación te precedía en aquel mes de octubre, hace ya 24 años. Tu complejo y sorprendente discurso... Pero, sobre todo, tu pequeño cuerpo. Impactante en su forma, en su movimiento, encima de aquella tarima a la vista de todos. Y después... ¿qué palabra puedo elegir?... Deseo, quizás. Tus palabras pero aún más tus gestos, tus voces moduladas, tu mirada, la danza de tus largos rizos, el latiguillo preciso de tu brazo lanzando los cigarros apurados, cómo alargabas el cuello, tu risa, tu tono serio, tus bromas, tu ternura; cómo apoyabas tu cabeza en la mano humeante, el dedo índice apuntando inquieto al cielo (¿cuántas veces te dibujó así nuestro Jose?). Y otra vez tu mirada. ¡Desde aquel cuerpo te atrevías a ser más complejo de lo imaginable, a provocar, a desafiar, a seducir, a elegir, a mostrarte, a ser como tú eras! En poco tiempo ya no eras cuerpo, eras corporeidad, sujeto, comunicación... y el despliegue de una posibilidad, de una ventana abierta que me daba vértigo, que me traía un vendaval de invitaciones, de "es posible".

Tú y Teresa, Teresa y tú. Atreviéndoos a profanar mis tabúes, a entrar en mis fortalezas sin pedir permiso, a nombrar con vuestras manos mis pies, mis piernas, mi cuerpo de mujer entero. Que me habéis parido, si no ya un cuerpo, si una imagen reconciliada, digna, confortable y gozosa de él. Imagen corporal en la que me reconozco y me disfruto y me encuentro con los otros. ¿Te acuerdas Jose Luis? Cuando empecé a ponerme minifaldas y coincidíamos en Izargain, Teresa me saludaba llamándote la voz al aire: ¡Jose Luis, mira cómo se ha puesto la Lola! Y tú hacías que no mirabas, pero veías. Y yo enrojecía, pero me gustaba. Este viaje nos pertenece a los tres. Y yo no hubiera encontrado la puerta sin vosotros, tengo esa certeza.

Tú y Teresa, Teresa y tú. Del biologicismo a la H^a/historia; de mi familia a mi gente, a mi casa; de Madrid a Euskal Herria. El puente necesario, la barca ¡qué esfuerzo hicisteis allí y aquí!. Tus canciones de queimada, de tango, de República, de copla y cuplé. Garufa, Santa Bárbara,

Gandesa, prieto azabache, los nardos, la verbena de la Paloma, el Pedro Navaja de Luix, los corridos y las rancheras. Las canciones, un lugar de encuentro siempre abierto. Emigrar significa no olvidar de dónde vinimos y fundirlo con la tierra y los amigos que nos acogen y que hemos adoptado como nuestro lugar para vivir y morir.

Gracias, gracias a los dos por todos estos viajes y tantos más.

Ahora comienza otro viaje, otro duelo...

El que tenga una canción,
tendrá tormenta.
El que tenga compañía,
soledad.
El que siga buen camino tendrá sillas
peligrosas que le obliguen a parar.

Pero vale la canción buena tormenta.
Y la compañía vale soledad.
Siempre vale la agonía de la prisa
aunque se llene de sillas la verdad.

(Silvio Rodriguez)

Lola Figueiredo
Areso, 2006